Extrait du ARTE, ARQUEOLOGÍA e HISTORIA

https://www.artearqueohistoria.com/spip/article178.html

EL ECO DE LAS REFORMAS MILITARES BORBÓNICAS EN CÓRDOBA: EL PROYECTO DE UN CUARTEL DE CABALLERÍA

Date de mise en ligne : Jueves 14 de abril de 2011

- HISTORIA

Recibidos - Año 2011 -

ARTE, ARQUEOLOGÍA e HISTORIA

EL ECO DE LAS REFORMAS MILITARES BORBÃ“NICAS EN CÃ“RDOBA: EL PROYECTO DE UN CUARTEL DE CABALLERÃ•A.

INTRODUCCIÃ“N: LA REFORMA DEL EJÃ‰RCITO EN EL S. XVIII.

La llegada de la dinastÃ-a borbÃ³nica en el s. XVIII supuso la introducciÃ³n de una nueva organizaciÃ³n estatal siguiendo el modelo ya establecido en Francia, que sacarÃ-a al paÃ-s del estado de postraciÃ³n en que se encontraba tras el reinado del Ãºltimo monarca de los Habsburgo.

De entre el conjunto de reformas adoptadas a lo largo de la centuria, todas ellas con un claro sentido centralizador, caben destacar la implantaciÃ³n de los Decretos de Nueva Planta, la apariciÃ³n de las SecretarÃ-as de Despacho en detrimento de los Consejos, la creaciÃ³n de las Intendencias o la reforma de la administraciÃ³n local en un sentido polÃ-tico; la mejora del sistema de comunicaciones comerciales, el establecimiento de manufacturas reales o la creaciÃ³n del Banco de San Carlos desde el punto de vista econÃ³mico; o bien la puesta en prÃ¡ctica de una doctrina regalista en materia religiosa.

Este conjunto de reformas cuyo fin Ãºltimo era modernizar el Estado, fue completado con el rearme y la reorganizaciÃ³n del ejÃ©rcito, llamado a convertirse precisamente en instrumento imprescindible de esta polÃ-tica centralizadora y elemento indispensable para la activa polÃ-tica exterior llevada a cabo por la monarquÃ-a a lo largo del siglo.

El mantenimiento de la maquinaria bÃ©lica y las constantes guerras acaecidas durante el periodo supusieron una pesada carga para la economÃ-a del paÃ-s que lastrÃ³ sin duda su crecimiento, si bien es cierto que el mismo fenÃ³meno se daba en el resto de Europa. El s. XVIII fue por definiciÃ³n un siglo guerrero que vio el ascenso de Gran BretaÃ±a a gran potencia, el ingreso de Rusia en el concierto europeo y la apariciÃ³n de un nuevo astro en el firmamento guerrero, Prusia, que vino a complicar el ya de por sÃ- difÃ-cil tablero internacional. EspaÃ±a por su parte no pudo sustraerse a las guerras de coaliciÃ³n y las luchas terrestres o navales durante la centuria, pues aun mermada en Europa tras la Guerra de SucesiÃ³n, seguÃ-a siendo el mayor imperio colonial, lo cual la ponÃ-a frente a la agresividad britÃ¡nica1. Este hecho motivÃ³ la alianza con Francia mediante los pactos de familia, ya que ambas tenÃ-an el problema de sentirse amenazadas, no resquebrajÃ¡ndose la amistad entre ambas naciones (salvo momentos puntuales como durante la Guerra del RosellÃ³n) hasta la invasiÃ³n francesa ya durante el periodo napoleÃ³nico.

Basta una breve relaciÃ³n de las intervenciones exteriores espaÃ±olas para atestiguar la importancia que el ejÃ©rcito espaÃ±ol adquiriÃ³ durante el periodo. Un ejÃ©rcito que pese a sus derrotas o fallidos asedios a Gibraltar, serÃ¡ capaz de imponerse en la Guerra de SucesiÃ³n EspaÃ±ola, entronizar aun con dificultades a miembros de la dinastÃ-a borbÃ³nica en el Ducado de Parma y el Reino de las Dos Sicilias, reconquistar OrÃ¡n o recuperar Menorca y Florida de manos britÃ¡nicas. Veamos a continuaciÃ³n cuÃ¡l era la situaciÃ³n del ejÃ©rcito en el siglo de las luces.

EL EJÃ‰RCITO ESPAÃ‘OL DURANTE EL SETECIENTOS.

Con la llegada de la nueva dinastÃ-a, la milicia espaÃ±ola, que padecÃ-a una situaciÃ³n de total abatimiento, desprestigio asÃ- como una nula capacidad combativa, sufrirÃ¡ una intensa transformaciÃ³n. El nuevo ejÃ©rcito destacÃ³ por su carÃ¡cter permanente y profesional, ademÃ¡s de una nueva organizaciÃ³n administrativa basada en un sistema disciplinario y centralizado en torno a dos Ã³rganos fundamentales, el Consejo de Guerra, Ã³rgano colegiado, y el Secretario de Estado y de Despacho de Guerra. Por otra parte se introdujo un nuevo modelo de instrucciÃ³n en la infanterÃ-a con el uso del fusil y la bayoneta en lugar del mosquetÃ³n, se perfeccionaron los servicios de acuartelamiento, intendencia y transportes, etc. Pero el cambio fundamental estuvo en su composiciÃ³n.

El soldado profesional dejo de proceder casi en exclusiva de los sectores marginales de la sociedad, sustituyÃ©ndose por efectivos de mayor calidad con un mayor apego a su paÃ-s y una mayor conciencia patriÃ³tica.

No se trataba aÃºn del *soldat citoyen* de la RevoluciÃ³n Francesa, pero se constituyÃ³ al menos un ejÃ©rcito de base nacional pese a la existencia de importantes contingentes de mercenarios extranjeros2. El hecho fundamental fue la implantaciÃ³n de las nada populares quintas, completÃ¡ndose el nÃºmero con los voluntarios de las partidas de recluta y como no, llegado el momento, con las levas forzosas.

Por lo que respecta a los cuadros se procurÃ³ que nobles e hidalgos fueran el nervio de la milicia, mientras se crearon cuerpos novedosos como el de Ingenieros y ArtillerÃ-a, con academias propias, que vinieron a solventar parcialmente la inexistencia de un cuerpo de oficiales y especialistas en estas ramas.

El ejÃ©rcito resultante del conjunto de reformas expuestas fue una mezcla de tradiciÃ³n y modernidad que vino a prestigiar la carrera de las armas. Fue dotado asimismo de unas Ordenanzas, las de 1768, que regÃ-an los principios morales de la milicia, llegando con pocos cambios hasta la actualidad. Una costosa maquinaria bÃ©lica que salvo en periodos concretos no dejÃ³ de crecer, de modo que para 1781, reinando el tercero de los Carlos, el pie de ejÃ©rcito se componÃ-a y sumaba, al menos sobre el papel, mÃ¡s de 110.000 hombres entre regimientos de lÃ-nea, infanterÃ-a ligera, caballerÃ-a o artillerÃ-a.

La magnitud de los efectivos seÃ±alados convirtiÃ³ a las fuerzas terrestres y navales en el primer gastos estatal (el 77% en 1571), pudiendo solo mantenerse gracias a los caudales americanos, que alcanzaron la cifra record de 25 millones de pesos anuales durante el quinquenio 1749-53 reinando Fernando VI. Es necesario seÃ±alar sin embargo que la divisiÃ³n de esfuerzos entre la Armada y el EjÃ©rcito propiciÃ³ una falta de especializaciÃ³n y tÃ©cnicamente el Ãºltimo era inferior al de las grandes potencias como se demostrÃ³ en el transcurso de las posteriores guerras revolucionarias.

LOS INGENIEROS MILITARES Y LA CONSTRUCCIÃ“N DE CUARTELES.

Como se ha referido en las lÃ-neas anteriores, una de las novedades del siglo fue la creaciÃ³n del Cuerpo de Ingenieros Militares, que desde su fundaciÃ³n en 1711 cumpliÃ³ importantes tareas de ordenaciÃ³n espacial al servicio de la polÃ-tica centralizadora de la monarquÃ-a borbÃ³nica, ayudando ademÃ¡s a la difusiÃ³n de nuevas ideas traÃ-das del extranjero.

Formados primeramente en Bruselas y con posterioridad en las Academias MatemÃ¡ticas de Barcelona, OrÃ¡n y Ceuta (ulteriormente sustituidas por las de Zamora y AlcalÃ¡ de Henares), los ingenieros recibÃ-an enseÃ±anzas, ademÃ¡s, de otros conocimientos de la ciencia moderna como geometrÃ-a, hidrÃ¡ulica o dibujo. Con este bagaje, sus funciones especÃ-ficas se centraban en las necesidades propias de la defensa del territorio a travÃ©s de la construcciÃ³n y reparaciÃ³n de edificaciones y cuarteles, si bien en ausencia de un cuerpo de ingenieros civiles como el que habÃ-a en Francia, colaboraron tambiÃ©n en la construcciÃ³n de canales, caminos y proyectos de desarrollo urbano; ademÃ¡s de la direcciÃ³n y construcciÃ³n de puertos, canales o levantamiento de planos cartogrÃ¡ficos3.

Precisamente, la creaciÃ³n de un cuerpo permanente de defensa del Estado en el s. XVIII, planteÃ³ nuevas necesidades derivadas de las condiciones de vida de la milicia. Una de ellas fue el alojamiento permanente de las tropas en lugares mÃ¡s estables y seguros que los campamentos. Las Reales Ordenanzas regularon en todas sus promulgaciones el alojamiento de las mismas cuando se detuviesen en las poblaciones, bien como permanencia ocasional o como culminaciÃ³n de una etapa de viaje. Antes de la construcciÃ³n de cuarteles se utilizaba, si la situaciÃ³n era permanente (lo que sucedÃ-a generalmente en ciudades grandes y mejor abastecidas), mesones o casas deshabitadas que se alquilaban para tal efecto. En otras ocasiones el alojamiento se completaba con las casas de los vecinos, pero dado que los nobles y el clero estaban exentos, se utilizaban las de los pecheros, a los que correspondÃ-a ademÃ¡s aportar el dinero para el alquiler de los mesones y todos los utensilios necesarios (camas, velas, jergones, etc.).

El alojamiento de los soldados era oficialmente considerado como apetecible al permitir a los pueblos dar salida a sus productos, aunque en realidad eran pocos los beneficiados y muchos los que tenÃ-an la contrapartida de la

incomodidad de tener que compartir el espacio entre soldados y vecinos, quejÃ¡ndose a menudo los segundos del comportamiento de los primeros. Las relaciones topogrÃ¡ficas seÃ±alan varios pueblos que achacan su despoblamiento al alojamiento, siendo el privilegio mÃ¡s preciado quedar exentos de tal funciÃ³n (pese a lo cual a veces habÃ-an de admitirlos). Esta difÃ-cil situaciÃ³n originÃ³ numerosas solicitudes elevadas por las ciudades seÃ±aladas como lugar de alojamiento para construir cuarteles en ellas, aun aportando sus vecinos el dinero, sacado en muchas ocasiones del arbitrio que tenÃ-an destinado para utensilios y alojamientos.

No es de extraÃ±ar por tanto que cuando se promulgÃ³ el Real Decreto de diciembre de 1748 sobre â€œRebaja en la contribuciÃ³n de la sal y destino del valimiento de arbitrios a la fÃ¡brica de cuartelesâ€•, numerosas poblaciones de AndalucÃ-a (donde se acumulaban tras CataluÃ±a el mayor nÃºmero de efectivos militares), solicitasen la construcciÃ³n de cuarteles, 25 entre 1733 y 1769, estando entre las que escriben a la SecretarÃ-a de Guerra por medio del gobernador de la regiÃ³n CÃ³rdoba o Castro del RÃ-o4.

La nueva tipologÃ-a constructiva vendrÃ-a a dar soluciÃ³n al alojamiento de un grupo numeroso de hombres con unas necesidades concretas y aunque si bien fueron muchos los proyectados y pocos los efectivamente realizados, Ã©stos junto con la adaptaciÃ³n de antiguos edificios para tal fin, contribuyeron a solucionar ademÃ¡s el dÃ©ficit de vivienda que existÃ-a en EspaÃ±a5. Hay que tener en cuenta a este respecto que en esta Ã©poca gran nÃºmero de ciudades espaÃ±olas estaban todavÃ-a delimitadas por las murallas y lo que se daba era una redensificaciÃ³n hacia el interior de la ciudad mÃ¡s que una expansiÃ³n que permitiera ampliar el espacio urbano y con ello el nÃºmero de viviendas, sirviendo por tanto los cuarteles para evitar problemas mayores a las ciudades.

Las tipologÃ-as de cuarteles de nueva construcciÃ³n aparecidas a lo largo del siglo tendrÃ¡n presentes cuestiones como la firmeza del terreno, la mayor comodidad de los soldados, la higiene, la existencia de aire puro y limpio, la cercanÃ-a de las aguas, la buena salida de las mismas para evitar la contaminaciÃ³n del ambiente o la preferencia para construirlos sobre lugares elevados y aireados que evitasen enfermedades. En todo caso evolucionarÃ¡n desde un primer momento en que las tropas residen dentro de un recinto fortificado unido a la muralla con sus soldados prestos para la lucha con el enemigo exterior al recinto amurallado, a un segundo en el que se trata de un edificio aislado en el que se plantean las necesidades y servicios de tropa, en un ambiente que acoge al soldado durante los periodos de paz.

El primer modelo, definido por Vauban, se caracterizaba por la existencia de edificios longitudinales cercanos o adosados a las cortinas de murallas, estando divididos por una pared central y otras en sentido transversal que originaban aposentos para los soldados (con capacidad para cuatro o seis camas para tres hombres cada una de ellas), ademÃ¡s de pabellones para los oficiales en los extremos. AsÃ-, se resguardaba a los soldados de las inclemencias del tiempo y se les dotaba de un lugar en el que recogerse durante los ratos libres.

El modelo, que tuvo Ã©xito en muchos otros paÃ-ses aparte de Francia, llegÃ³ a EspaÃ±a de la mano de Jorge PrÃ³spero Verboom, Ingeniero General de los ejÃ©rcitos de Felipe V que habÃ-a sido educado en la Academia de MatemÃ¡ticas de Bruselas dirigida por SebastiÃ¡n FernÃ¡ndez Medrano y estaba formado en los principios de Vauban. A este respecto redactÃ³ por el Reglamento de 1718 el conocido como â€œProyecto General Impresoâ€•, que acompaÃ±ado de un plano, dictaba el modelo de cuartel de nueva planta que habÃ-a de construirse en las provincias6.

El Proyecto planteaba un edificio longitudinal, dividido por un muro medianero, con pequeÃ±os aposentos para agrupar a diez o doce soldados y una escalera que comunicaba a la calle cada cuatro aposentos. En los extremos pabellones para oficiales y para la caballerÃ-a cuadras aparte, formando estas con el edificio de infanterÃ-a un patio para ejercicios.

El segundo tipo citado fue el propuesto por Belidor (ingeniero de origen catalÃ¡n aunque de educaciÃ³n francesa), que tendrÃ¡ validez hasta mediados del s. XIX. ConsistÃ-a en agrupar cuatro cuerpos de edificaciones en torno a un patio central dedicado a los ejercicios de la tropa, con la disposiciÃ³n del antiguo cuartel de Vauban para cada uno de ellos, aÃ±adiÃ©ndose a veces un corredor que daba al patio para la comunicaciÃ³n de las habitaciones de la

tropa. En los cuarteles de caballerÃ-a, los caballos se colocaban en el piso bajo distribuidos en cuadras, mientras que los hombres se alojaban en el piso superior y en los extremos solÃ-an colocarse los oficiales, estando los lugares comunes aparte.

CÃ“RDOBA EN EL SIGLO DE LAS LUCES.

TodavÃ-a en s. XVIII el Valle del Guadalquivir presenta una gran densidad humana merced a ser un polo de atracciÃ³n al entrar por sus puertos los caudales americanos, asÃ- como fruto del natural incremento demogrÃ¡fico. Sin embargo las ciudades del interior como CÃ³rdoba, que contaba con una poblaciÃ³n de 34684 habitantes segÃºn el censo de Floridablanca de 1787, presentaban una situaciÃ³n de estancamiento. Prueba de ello son testimonios como los de Ponz, que seÃ±ala que aunque existÃ-an fuertes caudales de eclesiÃ¡sticos y mayorazgos no habÃ-a ningÃºn gÃ©nero de fÃ¡bricas y la actividad econÃ³mica se limitaba a comerciar con algunas bayetas y aceitunas embarriladas; de hecho en carta del Intedente a Floridablanca se habla del mal repartimiento de tierras en pocas manos todas ellas y ausencia de industria en comparaciÃ³n con el siglo precedente cuando habÃ-a telares de lana y sedas, fÃ¡bricas de agujas reputadas, etc. Efectos de la desocupaciÃ³n eran el ocio y la miseria, con grueso nÃºmero de mendigos que peleaban por las limosnas del obispo y el clero, por lo que se proponÃ-a fundar hospicios para recoger a dicha gente y someterla a trabajo forzoso.

Los comentarios sobre la fisonomÃ-a de la ciudad que hacen los viajeros tampoco eran los mejores. El britÃ¡nico Mayor Dalrympe o el mismo Ponz mencionan la multitud de calles estrechas, irregulares y mal empedradas, mientras que Leandro FernÃ¡ndez de MoratÃ-n critica por este Ãºltimo hecho al Corregidor al que acusa de no querer que se barran las calles por temor a descarnar las piedras, teniendo como consecuencia que las calles, plazas y sitios pÃºblicos tuvieran el aspecto de letrinas y muladares. La inexistencia de alumbrado pÃºblico asÃ- como las hondonadas, aguas cenagosas y rebalsadas, completan un cuadro que sorprendÃ-a a los viajeros que visitaban nuestra ciudad.

Pese a todo ello, es innegable que se dio a lo largo de la centuria una tÃ-mida renovaciÃ³n urbanÃ-stica concentrada sobre todo en la segunda mitad del siglo, quizÃ¡s como sÃ-ntoma de cierta recuperaciÃ³n social y del pulso econÃ³mico o polÃ-tico. De este modo se crean a lo largo de la centuria numerosas fuentes (la de la Piedra Escrita, Calle de la Feria, etc.), se derriba parte de la muralla y torreones que cercaban la ciudad, se repara el puente o se inicia la obra del MurallÃ³n de la Ribera a la par que en lo relativo a obras de esparcimiento y recreo se ordena el paseo de San AntÃ³n y se inicia la alameda del campo de la Victoria7.

Precisamente el cuartel proyectado vendrÃ-a a regularizar y ordenar urbanÃ-sticamente la zona del Campo de la Merced, cuyo hermoso llano se empleaba para actos tales como revistas y paradas militares, fuegos artificiales y corridas de toros8. De hecho en 1759 con motivo de la entronizaciÃ³n de Carlos III se construyÃ³ en el lugar una plaza de madera donde se lidiaron 32 toros en corridas de maÃ±ana y tarde durante el mes de noviembre.

La realizaciÃ³n del proyecto del cuartel de caballerÃ-a se encargÃ³ al ingeniero Antonio Ruiz Hurtado (que firma como Antonio Hurtado), siendo requerido en calidad del "ingeniero mÃ¡s hÃ¡bil de AndalucÃ-a" y que por entonces se hallaba trabajando en las obras de la Real Maestranza de ArtillerÃ-a de Sevilla. Este sobresaliente personaje, nacido en PolÃ¡n (Toledo) en 1728, fue patriarca de una saga de distinguidos ingenieros entre los que destacan sus hijos Francisco y Mateo Hurtado, alcanzando a lo largo de su prolÃ-fica vida los honores y empleos mÃ¡s distinguidos.

IngresÃ³ como cadete el 11 de mayo de 1745 en el regimiento de Asturias, ascendiendo tres aÃ±os despuÃ©s a Subteniente en dicha unidad segÃºn el modelo de formaciÃ³n regimental de la Ã©poca. EstudiÃ³ posteriormente en la Academia de Barcelona donde se convierte en Ingeniero Delineador en 1752, empleo que tras el Real Despacho de 19 de octubre de 1756 se equiparÃ³ al de Subteniente de infanterÃ-a, si bien un aÃ±o despuÃ©s asciende a Ingeniero Extraordinario (Teniente).

A partir de este momento tenemos noticias de sus trabajos, con varios planos relativos a la plaza y ciudadela de

Pamplona (1756), tras lo cual es destinado a la plaza de Ceuta, siendo ascendido en 1760 a CapitÃ¡n e Ingeniero Ordinario. En 1762 es destinado a CÃ¡diz a las Ã³rdenes de Silvestre Abarca, donde el aÃ±o siguiente recibirÃ¡ un Oficio del Gobernador de la plaza comunicando la Real Orden que lo destina a servir en su empleo en la Habana, momento en el cual solicita casarse con DoÃ±a Ana de Toledo.

Con anterioridad a 1767 estuvo destinado en Barcelona a las Ã³rdenes del Comandante General Juan MartÃ-n ZermeÃ±o, en la nueva plaza de San Fernando de Figueras, desde que empezÃ³ la obra. De 1767 a 1769 estÃ¡ destinado en la Habana (perdida aÃ±os antes y vuelta a recuperar por EspaÃ±a de manos britÃ¡nicas), sin embargo estÃ¡ de vuelta en la penÃ-nsula muy pronto (acaso reclamado por su valÃ-a), teniendo en cuenta que los ingenieros se destinaban cinco aÃ±os a Indias y lo habitual era que el plazo se alargara. Regresa asÃ- a su destino gaditano (1770) donde es nombrado vocal de la Real Junta de Fortificaciones de CÃ¡diz y estÃ¡ a cargo interinamente de la direcciÃ³n de las obras de la plaza por ausencia del Director Juan Caballero hasta 1778, aunque en alguna ocasiÃ³n mÃ¡s volverÃ¡ a encargarse de la direcciÃ³n de obras de la plaza9.

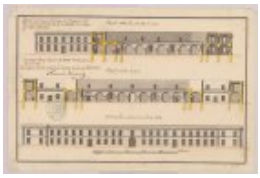
En 1785 ya es Coronel e Ingeniero Jefe ademÃ¡s de Comandante interino de la obras de fortificaciÃ³n de la plaza gaditana, que a partir de este momento dejarÃ¡ de lado para ocuparse del almacÃ©n de pÃ³lvora y ensanche del taller de afinos de la Real FundiciÃ³n de ArtillerÃ-a de Bronce, ademÃ¡s del cuartel de caballerÃ-a que habÃ-a de construirse en Sevilla. Es precisamente en este momento, en plena madurez de su carrera, cuando se desplaza a CÃ³rdoba para proyectar en 1787 el que aparece con tÃ-tulo como â€œPlano del proyecto de un cuartel para dos escuadrones de caballerÃ-a o dragones, y cinco o seis partidas de remonta con algunos pabellones para oficiales que de orden de Su Majestad se propone para su ejecuciÃ³n en esta ciudad de CÃ³rdoba, en el Campo de la Mercedâ€•, si bien consta asimismo que se pensÃ³ en un primer momento en adaptar para tal fin el Colegio de Santa Catalina que fue de jesuitas, para lo cual el ingeniero hizo un plano, de la misma manera que dibujÃ³ otro del terreno del campo de la Merced donde se ubicarÃ-a el futuro cuartel10.

No serÃ-a no obstante el Ãºltimo proyecto que planearÃ-a en la provincia, pues tras continuar brillantemente su carrera, galardonada con los mÃ¡s importantes ascensos (Cuartel Maestre de TolÃ³n durante la Guerra del RosellÃ³n, Mariscal de Campo en 1795, Teniente General en 1802, falleciendo como Director Subinspector del Cuerpo de Ingenieros en 1807), prepara en 1805 un croquis para una casa posada en la localidad de Lucena, destinada tambiÃ©n a cuartel de caballerÃ-a.

EL PROYECTO DEL CUARTEL DE CABALLERÃ•A.

El cuartel para CÃ³rdoba encaja en lÃ-neas generales dentro del que hemos venido a denominar modelo Belidor, pues entre otras cosas, se trata de un cuartel de nueva planta exento y situado fuera de la muralla.

Desde el punto de vista formal tiene forma rectangular con una prolongaciÃ³n de los lados cortos en alas que proporcionan a la fachada principal forma de â€œUâ€•. El edificio se distribuye en torno a un gran patio central donde se ejercitarÃ-an las tropas en sus ejercicios de equitaciÃ³n y donde tambiÃ©n realizarÃ-an a pie ejercicios de instrucciÃ³n con paso corto, redoblado, oblicuo, circular y de hilera en expresiÃ³n de la Ã©poca. El patio principal estarÃ-a rodeado de cuatro cuerpos de edificaciones, aunque los cuerpos laterales se distribuyen a su vez en torno a patios menores o corralones.



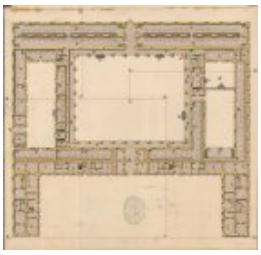
3-Perfiles del proyecto de cuartel de caballería

La edificaciÃ³n proyectada tenÃ-as dos alturas, al menos al exterior, ya que como indica el propio ingeniero en el volante que adjunta a los planos, la Real Orden previene que se procure en el proyecto el menor coste posible, no llevando adorno alguno el edificio ni doblÃ¡ndose los corredores a fin de excusar gastos pero de modo que parezca completo al exterior en ambas piezas de sus cuatro fachadas, pudiÃ©ndose no obstante doblar cuando hubiese caudal para alojar partida de recluta. Es necesario aclarar en este sentido que las partidas de recluta eran los grupos

de soldados y oficiales que a modo de banderÃ-n de enganche recorrÃ-an los pueblos haciendo proselitismo y reclutando nuevos hombres para la profesiÃ³n militar.

Tal y como en el modelo Belidor, el piso bajo del cuartel de caballerÃ-a estaba destinado a las cuadras de los caballos, concretamente seis para las monturas de las seis compaÃ±Ã-as que componÃ-an los escuadrones con sus correspondientes pajaretas, distribuidas en el cuerpo contrario a la fachada principal y en un lateral. TambiÃ©n en este lateral se disponÃ-a la enfermerÃ-a de los caballos con un acceso diferenciado y pequeÃ±o patio cerrado para evitar la propagaciÃ³n de enfermedades de los animales.

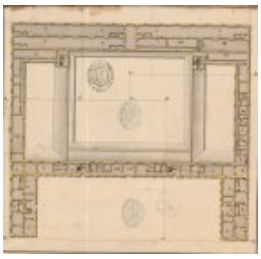
En el cuerpo lateral restante se encontraban las cinco cuadras de las partidas de remonta, encargadas de comprar animales y criarlos con la finalidad de surtir de caballerÃ-as a los escuadrones. TambiÃ©n se encontrarÃ-an aquÃ- el alojamiento para el herrador de los escuadrones y el vivandero, estando cercana la cuadra para los caballos de los oficiales. Los abrevaderos para las caballerÃ-as por su parte, se disponÃ-an por el patio y los corralones adjuntos.



1-Planta del piso bajo del cuartel de caballería

Cabe destacar en el piso bajo la entrada mÃ¡s importante del cuartel en la fachada principal, que consta de un cuerpo de guardia, el del oficial y la prisiÃ³n. No hay que olvidar a este respecto que las deserciones eran extraordinariamente comunes en la Ã©poca y que los cabos cuartel tenÃ-an la misiÃ³n de vigilar a los sospechosos. El resto de entradas serÃ-an secundarias, para la entrada y salida de animales, sacar estiÃ©rcoles y a los caballos al fresco. La ausencia de un mayor nÃºmero de entradas permitÃ-a una mejor vigilancia con menos tropa, dado que el cuartel no se encontraba ademÃ¡s situado dentro de la ciudad.

Entre el resto de dependencias estaban las cocinas, divididas para que pudiese haber alguna separaciÃ³n entre los distintos regimientos, donde se preparaba el sustento de la tropa, consistente en una Ãºnica comida compuesta de dos onzas de tocino, cuatro de arroz o el equivalente en menestras y despojos. TambiÃ©n estaban los lugares comunes o una serie de pabellones sin ningÃºn cometido concreto, prestos a utilizarse para cualquier fin, por ejemplo alojar partidas de recluta o a algÃºn regimiento que se encontrase de paso realizando la â€œmudaâ€•11, fatigosa marcha que realizaban los distintos regimientos todos los aÃ±os con un itinerario prefijado, pues pocos de ellos tenÃ-an una residencia estable.



2-Planta del piso alto del cuartel de caballería

El piso alto, al que se accederÃ-a a travÃ©s de varias cajas de escalera, se dedicarÃ-a al alojamiento de la tropa fundamentalmente. A este respecto hay que seÃ±alar que frente a la opiniÃ³n de ingenieros como Ignacio Sala (Ingeniero Director de CÃ¡diz durante la primera mitad del siglo XVIII), que apostaba por la creaciÃ³n de alojamientos capaces para una compaÃ±Ã-a completa de modo que quedasen separadas unas de otras pero no sus miembros entre sÃ- (con las consiguientes ventajas de un mayor control de la limpieza y el orden, menos robos o servicio de tropa), otros ingenieros como el propio Verboom alegaban que en alojamientos para tantos hombres juntos no podÃ-an dormir las mujeres de los casados al no haber aposentos separados, faltaba higiene al tener que dormir tantos hombres juntos (mÃ¡s aÃºn teniendo en cuenta el cÃ¡lido clima del sur de EspaÃ±a), aparte de escasa comodidad y quietud. En el proyecto de cuartel que tratamos se recogieron no obstante ambas cuestiones, pues la

idea que aparece sobre el plano es crear grandes alojamientos para compaÃ±Ã-as completas con las habitaciones de los sargentos en los extremos, de manera que al estar separados de la tropa no perdieran su autoridad; ademÃ¡s de habitaciones mÃ¡s pequeÃ±as para los casados, separados del resto de la tropa.

En todo caso la vida en el cuartel no debÃ-a ser fÃ¡cil, pues en el Ãºltimo tercio de siglo solo existÃ-a una cama para cada dos soldados que se turnaban en su uso. Pocos mÃ¡s enseres habÃ-a en el dormitorio, por cada veinte hombres una mesa, dos bancos, un baÃºl, una jofaina y una lÃ¡mpara de aceite. Por lo demÃ¡s la vida de la tropa transcurrÃ-a de forma monÃ³tona. Dado que debido a la falta de efectivos los soldados estaban casi siempre en servicio, tenÃ-a poco momentos de ocio. Sus momentos de descanso correspondÃ-an a las horas que mediaban entre la lista de la tarde y la retreta. Durante ellas y despuÃ©s del rosario, cuyo rezo era obligatorio en los cuarteles, el soldado podÃ-a pasear fuera del cuartel. Era relativamente comÃºn que ejercieran en esos momentos algÃºn oficio artesanal para ganarse unas monedas que complementaras sus exiguos ingresos, que llegaba en algunos casos a la indigencia por el retraso del prest.

Los oficiales y cadetes solÃ-an pernoctar fuera del cuartel en casa propia, mientras el resto de componentes de los escuadrones se situaba aparte. AsÃ-, encontramos en el lado menor derecho los alojamientos individuales del Mariscal mayor (albÃ©itar militar), el sillero, el picador, trompeta y timbales, mientras que en el cuerpo opuesto estÃ¡n los alojamientos de la tropa de partida de remonta, encima de las cuadras del mismo nombre. Por Ãºltimo aparecen piezas dedicadas a los depÃ³sitos de vestuarios y otros tantos pabellones que coinciden con aquellos sin cometido concreto en el piso bajo, esta vez en el superior.

5-Soldado de infantería del Regimiento Córdoba s. XVIII

Desde el punto de vista estÃ©tico el proyecto de cuartel presenta una rigurosa uniformidad, con una fachada elementalÃ-sima cuyo Ãºnico adorno son los huecos de las ventanas que horadan los volÃºmenes del edificio. El Ãºnico motivo decorativo consiste en la alternancia de vanos, a veces adintelados, otras con arcos rebajados o de medio punto, con la clave de la entrada principal rematada con un motivo ornamental si atendemos al perfil del edificio que aparece conjuntamente con el resto de planos, posiblemente las armas del rey.

Para romper la monotonÃ-a de los volÃºmenes macizos y definidos se hace avanzar los cuerpos laterales, provocando juegos de luces y sombras muy del gusto de los arquitectos neoclÃ¡sicos mÃ¡s avanzados del momento, pero lo que mÃ¡s destaca del edificio es la impresiÃ³n de solidez y firmeza como medio de expresar la consistencia y el poder de la organizaciÃ³n estatal que representan. Contribuye a ello el empleo de materiales como la mamposterÃ-a que refuerza en sus Ã¡ngulos, puertas y ventanas los sillares de piedra. El cuartel, al tener dos alturas, se destacarÃ-a ademÃ¡s por encima del caserÃ-o de la zona y al estar libres de edificios alrededor se potenciarÃ-an aÃºn mÃ¡s su altura y dimensiones.

4-Caballero del Regimiento Villaviciosa s. XVIII

Late en el proyecto una preocupaciÃ³n higienista ilustrada en lo referente a los espacios abiertos y corredores por donde circulara el aire, la existencia de luz suficiente para evitar la oscuridad y humedad en las habitaciones, la higiene que evitara infecciones, etc. intentando solventar de este modo el habitual problema del hacinamiento de la tropa en dormitorios insalubres y mal ventilados. No obstante lugares donde se concentraba la suciedad como las

cuadras seguÃ-an estando conectadas con los alojamientos por cajas de escaleras mal ventiladas y los lugares comunes para la tropa permanecÃ-an dentro del propio edificio y no separado del mismo como algunos ingenieros recomendaban.

Como conclusiÃ³n a todo lo expuesto hay que referir que si bien nunca fue una realidad fÃ-sica, la ciudad de CÃ³rdoba tuvo, al menos sobre el papel, un proyecto de cuartel diseÃ±ado por el que quizÃ¡s fuera el mÃ¡s importante ingeniero militar espaÃ±ol de la Ã©poca. En todo caso y aunque al final se acudiÃ³ a la fÃ³rmula de usar edificios religiosos ya existentes para tal fin en la siguiente centuria, proyectos de la Ã©poca como el que se ha descrito en las lÃ-neas anteriores muestran fielmente el pensamiento, los largos estudios y cavilaciones de sus correspondientes autores, reflejo y resultado de los planteamientos arquitectÃ³nicos de los ingenieros del setecientos.

NOTAS BIBLIOGRÃ•FICAS.

1. DomÃ-nguez OrtÃ-z, Antonio: *Sociedad y Estado en el s. XVIII espaÃ±ol*, Ed. Ariel, 1976, pp. 49-50.
2. TerrÃ³n Ponce, JosÃ© L.: *EjÃ©rcito y polÃ-tica en la EspaÃ±a de Carlos III*, Ed. Ministerio de Defensa, 1997, p. 85.
3. Cano RÃ©vora, MÂª Gloria: *CÃ¡diz y el Real cuerpo de Ingenieros militares (1697-1847). Utilidad y Firmeza*, Ed. Por la Jefatura LogÃ-stica Territorial de CÃ¡diz, 1998, p. 26.
4. Marzal MartÃ-nez, Amparo: â€œLos cuarteles andaluces en el s. XVIIIâ€•, en *Revista de Historia Militar* n. 49, Ed. Ministerio de Defensa, 1980, p.49.
5. Moncada Maya, JosÃ© Omar: â€œEl cuartel como vivienda colectiva en EspaÃ±a y sus posesiones durante el s. XVIIIâ€•, en *Scripta NovaRevista ElectrÃ³nica de las Ciencias Sociales*, Vol. VII, n. 146, 1993, s/n.
6. Marzal MartÃ-nez, *Op. Cit.*, p. 34.
7. GÃ³mez Navarro, Soledad: â€œTÃ-mida renovaciÃ³n urbanÃ-stica en el s. XVIIIâ€•, en *CÃ³rdoba Capital*, Vol. I, Ed. Caja Provincial de Ahorros de CÃ³rdoba, 1994, p. 275.
8. RamÃ-rez de Arellano, Teodomiro: *Paseos por CÃ³rdoba o sean apuntes para su historia*, 2 Vol., Ed. Diario CÃ³rdoba, 2001, Vol. II, pp. 24-25.
9. Cano RÃ©vora, *Op. Cit.*, p. 259.
10. Capel SÃ¡ez, Horacio y otros: *Los ingenieros militares en EspaÃ±a en el s. XVIII. Repertorio biogrÃ¡fico e inventario de su labor cientÃ-fica y espacial*, Edicions Universitat de Barcelona, 1983, p. 234.
11. TerrÃ³n Ponce, *Op. Cit.*, p. 94.

BIBLIOGRAFÃ•A CONSULTADA.

- CÃ•MARA, Alicia (coord.): *Los Ingenieros militares de la monarquÃ-a hispÃ¡nica en los siglos XVII y XVIII*. Ed. Ministerio de Defensa, 2005.
- CANO RÃ‰VORA, MÂª Gloria: *CÃ¡diz y el Real cuerpo de Ingenieros militares (1697-1847). Utilidad y Firmeza* , Ed. Por la Jefatura LogÃ-stica Territorial de CÃ¡diz, 1998.
- CAPEL SÃ•EZ, Horacio y otros: *Los ingenieros militares en EspaÃ±a en el s. XVIII. Repertorio biogrÃ¡fico e*

inventario de su labor cientÃ-fica y espacial, Edicions Universitat de Barcelona, 1983.

- DOMINGUEZ ORTÃ•Z, Antonio: *Sociedad y Estado en el s. XVIII espaÃ±ol*, Ed. Ariel, 1976.
- GÃ“MEZ NAVARRO, Soledad: â€œTÃ-mida renovaciÃ³n urbanÃ-stica en el s. XVIIIâ€•, en *CÃ³rdoba Capital,* Vol. I, Ed. Caja Provincial de Ahorros de CÃ³rdoba, 1994, pp. 272-275.
- GÃ“MEZ RUIZ, Manuel; ALONSO JUANOLA, Vicente: *El Estado Militar GrÃ¡fico de 1791*, Ed. Ministerio de Defensa, 1997.
- MARZAL MARTÃ•NEZ, Amparo: â€œLos cuarteles andaluces en el s. XVIIIâ€•, en *Revista de Historia Militar* n. 49, Ed. Ministerio de Defensa, 1980, pp. 33-57.
- MONCADA MAYA, JosÃ© Omar: â€œEl cuartel como vivienda colectiva en EspaÃ±a y sus posesiones durante el s. XVIIIâ€•, en *Scripta Nova Revista ElectrÃ³nica de las Ciencias Sociales*, Vol. VII, n. 146, 1993, s/n.
- RAMÃ•REZ DE ARELLANO, Teodomiro: *Paseos por CÃ³rdoba o sean apuntes para su historia*, 2 Vol., Ed. Diario CÃ³rdoba, 2001.
- TERRÃ“N PONCE, JosÃ© L.: *EjÃ©rcito y polÃ-tica en la EspaÃ±a de Carlos III*, Ed. Ministerio de Defensa, 1997.

DOCUMENTACIÃ“N GRÃ•FICA.

- Planos sin catalogar de la Cartoteca del Instituto de Historia y Cultura General Militar del Ministerio de Defensa.